

nombre y el mio, si os place invocarle, para poetizar la juventud. Todo mi pesar es que nuestro siglo y mis ocupaciones me impiden dedicarme á los poetas y los retóricos antiguos, para entregarme á mi placer al estudio de la lengua griega.

tributo solarial todos los días; el Tiber lo miraba
elir, decía Lutero. Mas cuando nacida está Cristo: yo
le espero, y el lo aguarda todo: y no esperas que tone
la voz jama el tono de tal humor: solo se alza un poco
cuando un poder llama á la puerta del convento, pasando
á interior, que no tiene otra cosa que darle por toda llave
ma que una carta de recomendación á uno de sus amigos
de la corte. Esto hizo volver al mundo á sus libros, á la
Biblia, pues él no leía otros. A veces se le veía, solo, en
grande convertido á las musas, que había abandonado, y
que era su patria y su consuelo. Estas cosas del cielo no
le gustaban tanto: le habían del contrario, y le habi-
gaba como el hijo prodigo, espantado y procurándole
horas de deliciosa embriaguez. No podría creer, como la
palabra de Lutero decía, y se colocaban: no hacia jamás
que había tomado el camino de los conventos: han dicho
es al oído, tal perfume de antigüedad echaba! Había
nacido poeta. Lutero, en escrito una página mas de
la que le dirigía á Roberto Hessus sobre un poema
latino.

«Sin el estudio de las lenguas no hay teología posible;
teología y bellas letras las hemos visto unidas por el
mismo naufragio: jama en gran voz de Dios se revela á la
voz de los hombres sino por medio de aquellas inteligien-
cias luminosas que parecen sus caminos como el Fénix en
el Mar. Que la juventud se entregue á las musas: este
es mi voto mas ardiente; los poetas y los retóricos juncian
á los hombres en los misterios de las Escrituras y en la in-
teligencia de las palabras divinas. La erudición hace elo-
cuente los libros de la antigüedad: guardémonos de despre-
ciar el don de lenguas. Mi querido amigo, si va nuestro

figura bajo la cual el Cristo ha envuelto la recepción de su
cuerpo. Zwinglio fue el primero que negó la presencia
real de Jesús en la Eucaristía, dando á las palabras de
Cristo un sentido metafórico, que Lutero rechazó constan-
temente como una satánica monstruosidad.

CAPITULO XXXIII.

«Allí hay una recepción real de Jesús, griegos, la-
tinas y alemanas, escrita el Tratado de Wittenberg, á
sus hermanos de Trarbach, que los sacramentarios nos
enseñan una versión donde se halla escrito: Esto es el sig-
no de tu cuerpo; esto es el signo de tu sangre; mas ved la Es-
critura, la Escritura repiten sin cesar; mas ved la Es-
critura: ella habla mas claramente que ellos estas palabras:

ZWINGLIO.—COLOQUIO DE MARBURGO.—1528-1529.

Zwinglio niega la presencia real.—Sueño del doctor.—Doctrina de Lutero
sobre la Eucaristía.—El odio del papismo: gran argumento de los sa-
ceramentarios, refutado por Lutero.—Zwinglio acusa al luteranismo de
intolerancia.—El landgrave de Hesse quiere reconciliar los espiritus di-
vididos.—Coloquio de Marburgo.—Lutero repugna tener por hermano á
Zwinglio.—Acusación de Zwinglio contra Lutero.—Cambio de maldic-
ciones y anatemas.—Las dos partes recurren á la autoridad.—Enseñan-
za que se desprende de este recurso.—Muerte de Zwinglio.—Destino de
Carlostadio.

Hemos dicho que la inspiración de Zwinglio respecto
de su matrimonio, recorrió Lutero la Sajonia,
para extirpar de allí los últimos gérmenes del anabaptismo;
era entonces cuando Zwinglio, cura de Einsiedelo, trator-
naba la Suiza, y sembraba allí, segun el testimonio de al-
gunos historiadores, las primeras semillas de la Reforma,
mucho antes que Lutero en Wittenberg. Se envanecía
Zwinglio de haber abierto las puertas de la revolucion, por
donde Lutero no había hecho mas que entrar. «Yo he pre-
dicado el Evangelio, decía, antes que hubiese oído hablar
de Martin, que nada me ha enseñado. Carlostadio, ora no
fuese mas que un aprendiz, á quien no faltaba el corazon
ni las armas, ó ya una cabeza, un maestro; Carlostadio ha
entrevisto la verdad; mas él no ha sabido nunca definir la

figura bajo la cual el Cristo ha envuelto la recepción de su cuerpo.» Zwinglio fue el primero que negó la presencia real de Jesús en la Eucaristía, dando á las palabras de Cristo un sentido metafórico, que Lutero rechazó constantemente como una satánica monstruosidad.

«Allí hay una porción de Biblias hebreas, griegas, latinas y alemanas, escribía el reformador de Wittemberg á sus hermanos de Francfort; que los sacramentarios nos enseñen una versión donde se halle escrito: *Este es el signo de mi cuerpo*. Si no pueden probarlo, que callen. ¡La Escritura, la Escritura! repiten sin cesar; mas ved la Escritura: ella habla mas claramente que ellos estas palabras: *Este es mi cuerpo*, que les desmienten y combaten. Un niño de siete años lo entenderá así, y les dará la misma interpretación. Miserables, que no se entienden entre sí, y á quienes Dios, para nuestra enseñanza, deja se muerdan, se despedacen y se coman los unos á los otros: porque nosotros sabemos que el espíritu de Dios es espíritu de unión, y su palabra una: gran prueba de que estas sectas de sacramentomagistas no proceden de Dios, sino del diablo.»

Hemos dicho que la inspiración de Zwinglio respecto al testamento eucarístico, tuvo su origen en un sueño: veámosle, pues, y observaremos que los confesionistas de Augsburgo se burlaron de él, como los sacramentarios de la conferencia diabólica del reformador.

«Era el primer día de abril: estando durmiendo, me pareció que entraba en disputa con el escribano, mi adversario (porque el día anterior había tenido una disputa con el escribano de Friburgo acerca del sacramento de la Eucaristía), y estuve tan hoblacion, que no supe responder. Yo estaba dominado de cierta displicencia y pesadéz; y como las fantasías se apoderan generalmente de los que duermen, aunque no sea mas que un sueño esto que yo he aprendido, no tiene tan poca importancia, por la gracia

de Dios. Estando, pues, en tal estado, me pareció que venia una cosa como traída por encanto, que yo no sabré decir si era blanca ó negra, porque lo que yo cuento es una visión, la cual me dijo que yo podría responder fácilmente y cerrar la boca al escribano, alegando el pasaje del Exodo, 12, en la página que trata del tránsito del Señor, etc... Yo me desperté sobresaltado, y cogiendo la versión de Septante, desde entonces lo expliqué y prediqué públicamente delante de todos.» ¡Maravillosa interpretación, dice el luterano Westphal, hallada por un traductor blanco ó negro!

El dogma de Ulrich Zwinglio se esparció por la Suiza, en el obispado de Bale, sobre todo, donde Ecolampadio le enseñó públicamente, á despecho de la autoridad de Erasmo; en Sajonia, donde Carlostadio le anuncia como una revelación de Dios, mas bien que por celo de la verdad, por odio á Lutero.» Las nuevas iglesias estaban revueltas; los espíritus en suspenso, no sabían qué doctrina creer, ni á qué sentido inclinarse. Carlostadio llamaba baño de perros el bautismo de los católicos, y se burlaba del Dios empanada del doctor, hecha por las manos de un panadero.

Lutero admitía la presencia real, mas durante solo el acto de la consagración, acto que él no quería que se midiese matemáticamente, sino de un modo moral, y que podría durar el tiempo que se gasta en rezar la oración dominical, ó en comulgar los fieles. Creía él que, en virtud de las palabras de la consagración, Jesucristo descendía del cielo en la Eucaristía, y que la sustancia de pan y vino no se convertía en cuerpo y sangre, sino que conservaba su materialidad. Desechaba la transustanciación católica, y explicaba su pensamiento dogmático en términos bastante oscuros. Carlostadio enseñaba que la sustancia del cuerpo de Jesucristo no podía subsistir en el Sacramento bajo la de pan y vino, y que si se quería admi-

...tir la presencia real, era necesario creer la transelemen-
 tacion. Si el Cristo está presente en las especies eucarísticas,
 allí debe adorarse. Lutero titubeó desde luego, y conservó
 la elevacion, suprimiéndola despues, y sosteniendo debia
 guardarse el pan ó la hostia consagrada, y estableciendo
 la comunión bajo las dos especies. La doctrina de Zwinglio,
 por otra parte, tenia la doble ventaja de no trastornar el sentido y de facilitar mucho
 mas la inteligencia é interpretacion del dogma católico,
 que la empanada luterana. El grande argumento de Zwin-
 glio contra la preseneia real yemos, pues, no era otro que
 su aborrecimiento al papismo. Miserable argumento, decia Lutero. ¡Negar ahora la
 Escritura porque la hemos recibido del papado! ¡Ridícula
 vaciedad! El Cristo entre los judíos encontró escribas y fa-
 riseos, y no desechó todo lo que enseñaba. Nosotros
 creemos que en el papismo hay verdades saludables, sí,
 todas las que nosotros hemos heredado; porque en el pa-
 pismo es donde nosotros encontramos las verdaderas Es-
 crituras, el verdadero bautismo, el verdadero Sacramento
 del Altar, las verdaderas llaves que cierran los pecados,
 la verdadera predicacion, el verdadero catolicismo que
 enseña la oracion dominical, los verdaderos articulos de la
 fe, y, en una palabra, el verdadero cristianismo. Hubo un tiempo
 en que Lutero quiso hacer uso del argumento de odio tan familiar á los zwinglianos; esto era
 cuando él escribia: «Cinco años hace, si Carlostadio ó cual-
 quier otro me hubiese podido demostrar que no hay ni
 pan ni vino en el Sacramento, me hubiesen prestado un
 gran servicio, porque hubiésemos dado un solemne chasco
 al papado; mas nadie lo ha hecho así, y el testo permane-
 ce en pie. Los sacramentarios no se contentaban con atacar los
 dogmas por la predicacion; publicaban ademas escritos en

que la presencia real se negaba con una habilidad de ar-
 gumentacion, que alteró un momento y puso en peligro la
 fe de Erasmo. Los luteranos comprendieron el daño, y uno
 de ellos, Brenzi, hizo imprimir, para refutar la opinion
 zwingliana, el *Syngramma*, que apareció primero en latín,
 y traducido despues al alemán por Bugenhagen, y publica-
 do con un prefacio de Lutero. Esta obra teológica fue es-
 crita con moderacion; el estilo y el pensamiento son tem-
 plados; la argumentacion coherente y fuerte, y la gráve-
 dad del estilo se halla embellecida por una ironía de buen
 gusto. Lutero quiso que se desistiera de una secta que te-
 nia muchos cuerpos, como la bestia del Apocalipsis: el uno
 representado por Carlostadio, que apoyaba su sistema so-
 bre la *tróto* de la version griega; el otro por Zwinglio,
 quien queria que *est* fuese traducido por *significa*; el ter-
 cero por Ecolampadio, que pretendia no era la realidad mas
 que una imágen, y el cuerpo la figura del cuerpo. Zwinglio se quejaba amargamente de los ataques del
 luteranismo en un escrito alemán que publicó hácia el fin
 de 1526. «Mirad, decia, esos hombres que nada son sino
 por la palabra, y que quieren hoy poner una mordaza en
 la boca de sus adversarios, cristianos como ellos. Gritan
 que nosotros somos herejes, que no se nos debe escuchar:
 proscriben nuestros libros, nos denuncian á los magistra-
 dos: ¿no es esto lo mismo que hizo el Papa en otro tiempo,
 cuando la verdad queria levantar la cabeza?» La discusion no se contenia ya en las cátedras; habia
 descendido á los libros, mucho mas violenta que los ata-
 ques de Lutero contra el catolicismo; y como el monge de
 Wittenberg habia lanzado al diablo su adversario, así
 Zwinglio, por la misma razon, daba Lutero á Satanás: el
 zwingliano llamaba al luterano *comedor de carne divina* ó
teófago; el luterano llamaba al discípulo de Zwinglio *sacra-*
mentomajista. El landgrave de Hesse, Felipe, que deploraba las nue-

vas revueltas de su desgraciado país, escribió á los dos jefes de secta invitándoles á un coloquio en Marburgo. Lutero manifestó alguna resistencia: mas por fin cedió á las instancias de Melanchthon, y aceptó la entrevista. El príncipe había designado el 23 de setiembre para la apertura de las conferencias.

Esta fue la primer vez que Lutero y Zwinglio, estos dos apóstoles de la Alemania, como los han llamado sus discípulos, ó hijos de Satanás, como uno á otro se llamaban, se encontraron en presencia el uno del otro: Zwinglio, orador frío, dialéctico sin agudeza, en presencia de Lutero, cuya palabra fulminante ardia como el aceite puesto al fuego. Para que no le dijese papista, traía Zwinglio una especie de saco á la antigua usanza de Francia, con un tahali, de donde pendía un espadon mohoso. Así es cómo acostumbraba á presentarse, y se presentó en Marburgo.

Con el fin de llegar al coloquio, todo lleno de argumentos, Lutero formó un progimnasio, en que algunos de sus discípulos hiciesen el papel de Zwinglio y de Ecolampadio, compañero del ministro de Zurich. Fueron aquellos Vitus y Hermán, dos jóvenes avezados á las disputas escolásticas, y que sin embargo quedaron completamente derrotados por su maestro, con una abnegación del amor propio que ciertamente no se encontraba en los sacramentarios, y mucho menos en Zwinglio y Ecolampadio. Este último vaciló, incierto en sus creencias, y estaba pronto á abandonar á su maestro, si hubiese podido retractarse sin deshonra á los ojos de sus correligionarios. Monge de Santa Brígida, en cuya orden había colgado el hábito, sin poderle sacudir la polvareda, Ecolampadio era un espíritu fino, desenvuelto, ergotista, que creía mas bien en la infabilidad de Aristóteles que en la de Zwinglio, y que comunicó á Erasmo todo lo que sabía del hebreo, «bien poco», según el dicho de Richard Simon.

Ecolampadio había publicado en Basle la esplicación de

las palabras de la Cena, según el testo de los antiguos; y en su obra se percibía, según el dicho de Adán, una elocuencia tan dulce, que los elegidos mismos, si Dios lo hubiese permitido, habrían quedado seducidos.

Lutero iba acompañado de Felipe Melanchthon, Justo Jonás y G. Cruciger; Zwinglio, de Ecolampadio, Martín Bucero y Gaspar Hedion, que se le unieron á su paso por Strasburgo. Andrés Osiander partió de Nuremberg, Juan Brenz de Halle, y Estéban Agricola de Augsburgo, para asistir al coloquio. Todos estos teólogos se encontraron por la primera vez en la mesa del landgrave, donde el anciano cura de Heinsiedeln sostuvo brillantemente la reputación de bebedor suizo. Antes de la comida se entretuvo Lutero en escribir sobre la mesa con la punta del cuchillo: *Este es mi cuerpo*. Por lo demás, la mesa estaba servida de un modo regio, *plane basilicas*, dijo Justo Jonás. Se convino durante la comida que para obsequiar al landgrave tendrían antes del ejercicio público uno privado, en que se disputaría de dos en dos: Lutero contra Ecolampadio, y Melanchthon con Zwinglio. A los dos días tuvo lugar el doble duelo; pero sin gritos, sin ruido de voces ni gestos, y sin cólera. La disputa versó sobre algunos puntos controvertidos por la iglesia de Zurich, sobre el pecado original, sobre la eficacia del bautismo relativa á la culpa, sobre la obra del Espíritu-Santo en la palabra del ministro, sobre la divinidad de Jesucristo, y sobre el misterio de la Santísima Trinidad. La profesión de fe de Zwinglio fue clara, esplicita, conforme á la doctrina de Lutero. Mas cuando llegaron á la cuestión eucarística, el debate se animó; Ecolampadio y Zwinglio se obstinaron, y no quisieron reconocer el valor de los argumentos de sus adversarios. El landgrave entonces los emplazó para la controversia pública, á la cual quiso él asistir con algunos de sus cortesanos.

Mucho se ha escrito sobre los actos de Marburgo; mas

los relatos luteranos y zwinglianos, están todos llenos de parcialidad. Un escritor que asistió al coloquio, Rodolfo Collin, ha sabido retratar la fisonomía viva y apasionada del debate, sin dejar de pertenecer á la comunión de que procedía.

— **Lutero.** Extraeremos de su narración las partes que se ven más en relieve.

— **Colampadio.** El primer argumento de los sacramentarios estaba tomado del capítulo vi de San Juan.

— **Colampadio.** Ved el pasaje del Apóstol *Ego sum vitis vera*, el cual no impugna el poder divino, y que del pasto material deduce el pasto espiritual.

— **Lutero.** Conviene ir poco á poco, y tener en cuenta el capítulo xvi de San Juan, donde no hay una sílaba que hable del Sacramento; no solo porque entonces no se había aun establecido, sino porque la ilación de las palabras y el texto mismo prueban que el Apóstol hablaba de la fe en Jesucristo. Convento con el resto de la metáfora; pero el *Hoc est corpus meum*, es una proposición demostrativa.

— **Colampadio.** Mas *vitis vera* es también demostrativa.

— **Lutero.** ¡Y bien! Puesto que del pasto material puede desprenderse el pasto espiritual, yo quisiera que los judíos creyesen que convenia comer el cuerpo: *Sicut panis et caro editur ex patina*.

— **Colampadio.** Esta es una idea bastante vulgar; por lo demás, creer que el Cristo es de pan, es una opinión, y no un artículo de fe. Es propio de nuestro espíritu materializar las cosas y darles formas visibles.

— **Lutero.** Cuando Dios habla, el hombre, gusano de la tierra, debe escuchar temblando; cuando Él manda, el gusano debe obedecer; aceptémos la palabra sin quererla escudriñar.

— **Colampadio.** Mas puesto que nosotros tenemos el

pasto espiritual, ¿por qué hemos de tener también el corporal?

— **Lutero.** Así lo dice Dios: *Accipite*; yo obedezco y me inclino: *Man muss es thun*. Si Dios me dice: «Toma este excremento y cómetele,» yo le tomaré y me le comeré, muy cierto de que será perjudicial á mi salud, y que me hará daño.

— **Zwinglio.** Pero ¿es cierto que en la Escritura no debe tomarse la significacion por lo significado (la cosa significada), lo figurado por lo real, la figura por el cuerpo? Ejemplo: la Pascua del Exodo y el Rollo de Ezequiel: ¿quieres que Dios hubiese propuesto á sus criaturas cosas incomprendibles?

— **Lutero.** La Pascua y el Rollo son alegorias; yo no quiero disputar mas con vos sobre una palabra: si me decís que *est* quiere decir *significa*, me vuelvo á Cristo, que dice *Hoc est enim corpus meum*; con esto no puede el diablo. — *Da kann der Teufel nicht fur*: dudar es caer de la fe; porque, ¿no veis también una figura ó tropo en *ascendit in caelum*? El Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne, Dios sufriendo la muerte: ¿ved aquí cosas incomprendibles, que vosotros debéis creer si no queréis vuestra eterna condenacion!

— **Zwinglio.** Tú no pruebas tu proposición: no es mas que un círculo vicioso; di otra cosa: *Ihr werdet mir anders singen*. ¿Crees tú que Cristo (San Juan, 6) ha querido que le entendiesen los ignorantes?

— **Lutero.** Negad; mas ved una palabra bien dura: *Durus est hic sermo*, murmuraban los judíos hablando de la palabra como cosa oscura é imposible: este pasaje en cuestión no puede servirlos.

— **Zwinglio.** ¡Bah! Ese testo es el que nos rompe la cabeza, *nein, nein, brecht euch den Hals ab*.

— **Lutero.** ¡Mas blando! No estés tan feroz, que no estés en Suiza, sino en la Hesse, y aquí no se rompe tan